

Dos fajos

Fernando Fontenla Felipetti

©Fernando Fontenla Felipetti

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723 / Exp. N° 5044419

Aldo dejó que la bici tomara velocidad por la rampa del garaje y pedaleó con suavidad hasta que entró en ese ritmo en el que tiempo y espacio es todo lo mismo. Eligió las calles menos transitadas y también las más oscuras. La luz anaranjada de la iluminación pública le daba una sensación de monotonía. Bajo esa luz todos los barrios parecían iguales. En cambio, la oscuridad lo hacía sentir protegido, le recordaba la calidez del hogar en la infancia. Noches de pan con mate calentado al fuego y las estrellas por la ventana desde la cama. En Buenos Aires, la luz naranja era el veneno de las estrellas. Las mataba.

Al llegar a la avenida se encontró con un colectivo detenido en la parada. Estaba abarrotado de gente y, aun así, un grupo de personas pugnaba por subir mientras el chofer intentaba desalentarlos acelerando el motor y amagando con arrancar. Aldo ya había pasado por eso y no pensaba volver ahí. El colectivo te hacía esclavo. En la tierra del norte, solo los animales viajaban de esa forma cuando iban camino del matadero.

Esquivó el colectivo y abandonó la avenida tan pronto como pudo. La noche invernal le hacía perder la sensibilidad de los dedos de las manos, pero ese era un pequeño precio que había que pagar por la libertad. Dejó pasar otras veinte cuadras hasta que en una esquina subió por la rampa para discapacitados. A mitad de cuadra clavó los frenos, se bajó de la bici y tocó el timbre. Varios minutos después, Martina le abrió la puerta.

—¿Qué hacés con la mochila? ¿Me querés decir para qué traés esa mochila roñosa?

Aldo entró y apoyó la bici contra la pared del pasillo. Se acercó con la intención de darle un beso, pero Martina retrocedió.

—¡Uy! ¡Qué olor tenés! ¿Te bañaste? ¿No te acordás que hoy es el cumpleaños de la abuela? Dale, metele. Entrá que ya están todos.

Con las ventanas cerradas, el aire del comedor estaba caliente y viciado. Y sí, por supuesto: estaban todos. Todos los amigos de Martina, todos los amigos de la madre de Martina y todos los

vecinos del barrio que venían a cortejar a la vieja, a darle vueltas alrededor y a hacerle reverencias. Había como treinta personas apiñadas en ese comedor de cuatro por cuatro. Era igual o peor que en el colectivo.

A los invitados no parecía preocuparles el amontonamiento. Comían, chupaban y gritaban. Sobre todo, gritaban. El volumen del equipo de sonido estaba demasiado alto y el esfuerzo por hacerse entender por encima de la música era inútil. Los chicos corrían, se caían y volvían a levantarse sin que nadie les diera bola. La vieja cumpleañera estaba sentada, como siempre, a la cabecera de la mesa sobre su sillón con apoyabrazos y con varios almohadones bajo el culo, lo que la hacía quedar un nivel por encima de los demás, como si estuviera en un pedestal. Desde allí gritaba más que nadie, y repartía órdenes a diestro y siniestro, en particular, a sus hijas y a una vecina que oficiaba de sirvienta sin paga y por voluntad propia.

Aldo levantó la mano a modo de saludo, pero nadie lo vio. Se acercó a la mesa, manoteó una botella de vino y se llenó un vaso. Como todas las sillas estaban ocupadas, se quedó parado en un rincón, oyendo las conversaciones. Una mina decía que había gastado dos mil en la peluquería, un flaco que había pagado cinco lucas de factura del gas y tres mil quinientos del seguro del auto. Todos hablaban de guita, todos sobre pagar y siempre era por varios miles. Aldo empezó a calcular cuánto tiempo tenía que trabajar para ganar mil pesos y, cuando estaba por la mitad de la cuenta, vio a la vecina voluntariosa salir de la cocina llevando un plato con sanguchitos de miga. Se le hizo agua a la boca y estiró el brazo intentando alcanzar el contenido del plato, pero otros cuatro o cinco brazos llegaron antes que el suyo, llevándose sándwiches de a tres o de a cuatro, y en un segundo el plato quedó vacío. En doce años que llevaba trabajando en la construcción nunca había visto algo así. Ahí, lo poco que había, se compartía. ¿Qué tenía que hacer en esas fiestas? ¿Cagarse a piñas por un pancito con una fetita de jamón casi transparente?

Uno de los vecinos se puso de pie haciendo caer la silla.

—¡Vos, a mi mujer, no le hablás así! —gritó—. ¿Quién te creés que sos?

Le hablaba al tío Víctor, que estaba colorado y sonriente, producto de haberse clavado varios tintos al hilo. El tío Víctor era buena gente, pero tenía un defecto: cuando chupaba decía la verdad y eso no gustaba a nadie. ¿Qué habría dicho el tío Víctor esta vez? Daba lo mismo. Era la misma película de siempre. Distintas fiestas, otros personajes, las mismas frases repetidas.

La vibración del teléfono en el bolsillo lo hizo ponerse nervioso. Sacó el aparato y apagó la alarma. La había programado a las nueve y media porque era el límite que tenía para decirle algo a Martina. Algo que no le iba a gustar. Había querido decírselo durante toda la semana, pero no había encontrado el momento apropiado y ese era el peor de todos. En las fiestas nunca se debían decir cosas inoportunas, eso ya lo sabía. Todo podía degenerar en un caos.

La cuestión era que lo habían llamado para hacer un trabajo ese mismo día a las diez de la noche. Era en un banco y no podía hacerse durante la semana, cuando estaba abierto. Pagaban bien y, como no había laburado mucho en los últimos meses, no podía darse el lujo de desperdiciarlo.

Martina charlaba con sus amigas y se reía. Era su última oportunidad.

Avanzó hacia ella, pero a medio camino se dio cuenta de que ya era demasiado tarde. Dio media vuelta y volvió a su rincón. No podía enfrentarla, era un cobarde. Sabía de memoria cuál sería la respuesta que iba a recibir y no quería escucharla. Lo peor de todo, era que ella tendría razón.

Hizo como que iba al baño y aprovechó a rajarse para el pasillo. Se puso la mochila al hombro, agarró la bici y salió a la calle. Tuvo que imprimir a la bici un ritmo más intenso porque tenía que ir hasta el centro y estaba con el tiempo justo. En la primera parte del recorrido usó sus calles preferidas, las solitarias y oscuras, pero, poco a poco, no le quedó más remedio que internarse en las más iluminadas y transitadas.

En el centro todo era jolgorio. Gente comiendo en los restaurantes, saliendo de los cines y, por supuesto, todas las calles estaban congestionadas. Pasó a toda velocidad entre las filas de vehículos detenidos. La bici le respondía con docilidad, hacía lo que él quería, solo tenía que apuntar la mirada a esos pequeños espacios entre los autos y, por ahí, ella lo llevaba como una flecha. Cuando podía miraba las caras de los conductores. Conducir un vehículo los hacía sentir poderosos. Aldo lo sabía

bien, porque él mismo había tenido un auto. Había laburado un fin de semana tras otro, día y noche, hasta comprarse el auto porque Martina era la única chica que le había dado bola en su vida, y ella quería el auto. Y él soñaba con poder llevarla. Con paciencia infinita había juntado manguito tras manguito hasta conseguirlo. Y cuando al fin salió de la agencia con su auto, aceleró y se sintió poderoso. Las calles eran suyas. Ya no tendría que patear los días de lluvia y apretujarse en los colectivos. Pasó a buscar a Martina con una sonrisa enorme en el rostro, y ella, lo primero que le dijo al subirse al auto, fue que ahí adentro había olor a culo. Era lógico, porque era un auto usado, muy usado. Era imposible saber cuánta gente se había sentado en esos tapizados a lo largo del tiempo dejando allí parte de su química.

Esas palabras de Marina le borraron la sonrisa de la cara y lo dejaron sin ningún poder. Y después de ir a cargar nafta tres o cuatro veces, también se le desempoderó el bolsillo. Un mes después estaba convencido de que el auto era una especie de *alien* que había llegado a este mundo solo con el fin de devorarlo. Devoraba nafta, neumáticos, batería y, sobre todo, mucho aceite. Al *auto-alien* le encantaba el aceite. Pasó de comprar una damajuana de vino por semana a comprar un envase de *Hélix* de cuatro litros cada cinco días. Él ya no chupaba, el auto sí. Y cuando todas esas cosas se gastaban, Aldo pensaba en las horas y días que tendría que trabajar para reponerlas. No iba a terminar de pagar nunca. Sufría. Sufría cuando aceleraba porque se imaginaba como la nafta pasaba por el carburador y se iba por el caño de escape. Sufría cuando frenaba porque no sabía si iba a lograr detenerse antes de chocar porque no le había alcanzado la guita para cambiar las pastillas de freno. Sufría cuando oía ruidos raros porque intuía que algo estaba a punto de soltarse o romperse. Hasta que un buen día el auto no arrancó más y Aldo soltó un suspiro largo que terminó en un silbido. Se bajó del auto y se quedó un rato mirándolo. Entonces le dijo:

—Ahora vas a ver —y le puso un tachito en el techo.

Durante varios meses nadie se interesó por él, hasta que un sábado a la mañana apareció un cheto preguntando si se lo cambiaba por la bici. Aldo pensó que el cheto le había visto la cara y que lo quería cagar, pero cuando vio la bici, nueva, roja, deslumbrante, no lo dudó y aceptó el trato.

La bici era liviana. Rodaba suave y rápido. Con la bici no se sentía poderoso, pero tampoco se sentía esclavo. Esa bici lo llevaba a todas partes sin vaciarle la billetera, lo hacía libre, y lo único que le pedía a cambio era que la dejara ir por el medio de la calle. Sí, porque a la bici no le gustaba ir por los costados. Si Aldo la hacía ir junto al cordón, sin darse cuenta, a los pocos segundos estaba en el centro de la calle de nuevo. Pero como ambos estaban de acuerdo al respecto de las calles oscuras y solitarias, Aldo la dejaba hacer y entonces ella nunca le fallaba. A veces se acordaba del cheto y se preguntaba qué habría hecho con el auto. ¿Llevaría a su novia en él? ¿Habría logrado sacarle el olor a culo?

Al llegar a la peatonal, se bajó de la bici y caminó a su lado. La calle estaba llena de gente, en particular de personas jóvenes, lindas, arregladas y limpias. Martina también tenía razón en eso: aunque estuviera recién bañado, él nunca podría estar tan limpio como esa gente.

Casi se pasa del banco. Retrocedió dos pasos y miró al vigilante que estaba en la puerta. Se sintió desalentado. Se imaginó al vigilante echándolo a la mierda. Entonces el tipo lo sorprendió:

—¡Eh! ¿Vos sos el albañil? —Aldo asintió con la cabeza—. Vení, pasá, que te están esperando.

Aldo avanzó por el hall enorme y vacío, oyendo el eco de sus pasos.

—Dejá la bici acá —dijo el vigilante—, yo te la miro. Y subí nomás. Es en el tercer piso.

La escalera estaba a media luz. En los dos primeros pisos todo estaba en silencio y no parecía que allí hubiera alguna obra. Entre el segundo y el tercer piso empezó a oír el acostumbrado chillido penetrante de una amoladora, entonces terminó de subir con confianza. Un tipo cortaba una pared con la amoladora mientras el resto iban y venían.

Aldo había estado en muchas obras y estuvo seguro de que ninguno de esos tipos era albañil, plomero, electricista o cualquier otra cosa que tuviera que ver con la construcción. Todos pasaban a su lado, pero nadie le daba bola, como en la fiesta, y como en todas partes. Él era siempre una especie de ser invisible, un cero al as, indetectable para la mayoría del mundo. Solo lo veían cuando lo necesitaban, como el vigilante.

Pensó en preguntar por el encargado, pero estaba claro que nadie tenía tal puesto en ese lugar. A través de los cristales miró como la gente paseaba por la peatonal. Mientras tanto, el de la amoladora continuó trabajando hasta abrir un hueco en la pared casi tan grande como una puerta. Detrás, apareció una lámina de metal. Dos tipos trajeron un tubo de oxígeno y otro de acetileno, y el mismo individuo que había estado trabajando con la amoladora preparó el soplete. Cuando lo tuvo listo, empezó a cortar la plancha de metal que estaba detrás de la pared. Tuvo que insistir bastante con el soplete hasta que el metal empezó a derretirse.

No sabía qué hacer, y nadie le decía nada. Pensó en irse y volver a la fiesta de la abuela. Entonces vio un resplandor de luces azules moviéndose allá abajo. Varios autos patrulla avanzaron por la peatonal hasta pararse justo delante del banco. Más policías de a pie llegaban corriendo desde ambos lados de la calle. La gente se apartaba para dejarlos pasar.

Entonces entendió que todo se había acabado, que ese era el fin. Que él estaba ahí con los chorros, y que iría preso por perejil y por croto. Luego los chorizos saldrían libres y él seguiría adentro, por más perejil y por más croto. Y chau Martina. Martina jamás iría a verlo a la cárcel. Ella era una chica fina. Y quizás era lo justo. Ella se merecía un tipo mejor, un chango con una cuatro por cuatro y un teléfono con manzanita. Ya oía los gritos de los policías adentro del banco: ¡Quietos! ¡Todos quietos! Y escuchó más gritos y pasos subiendo la escalera a la carrera. Cada vez estaban más cerca.

—¡No te vayas a resistir, eh! —le dijo alguien al pasar—. ¡Mirá que te meten un cuetazo!

Aldo dejó la mochila con las herramientas en el suelo, levantó las manos y las apoyó contra la pared. Y no escuchó nada más, se quedó sordo del cagazo. Así estuvo un rato largo hasta que vio que afuera los policías se iban y las luces azules desaparecían. Después volvió a escuchar otra vez el siseo del soplete. Se dio vuelta y vio que ya faltaba poco para que se terminara de abrir el agujero. Al final, la plancha de acero cayó hacia adelante haciendo un ruido que retumbó por todo el edificio. Todos los que andaban dando vueltas por ahí se metieron adentro de la bóveda, incluido el del soplete, y al rato salían con bolsos negros que, por el esfuerzo que hacían para sostenerlos, eran bien pesados. A medida que salían, se iban por la escalera. Le hicieron acordar a las hormigas negras, que

cuando encuentran una planta con hojas tiernas, van y comen hasta dejarla pelada. El último en salir fue el tipo de la amoladora. A falta de uno, llevaba dos bolsos, uno en cada hombro. Le señaló una pila de ladrillos y otra de cerámicos.

—Tenés que rehacer la pared y ponerle los azulejos. Dejala prolija, igual que como estaba.

Entonces el tipo abrió uno de los bolsos y sacó un fajo de billetes. Eran billetes de cien dólares. Se lo dio a Aldo y estuvo a punto de volver a cerrar la cremallera, pero pareció arrepentirse. Volvió a meter la mano adentro del bolso y revolvió hasta que, bien en el fondo, encontró lo que buscaba. Sacó otro fajo. Esta vez eran unos billetes enormes de color rosa.

—Esto es por el susto —dijo—. Casi, casi, ¿eh?

Aldo agarró el fajo y sonrió por cortesía. Estaba seguro de que esos billetes de color rosa no servían para nada, parecían de juguete.

El hombre de la amoladora cerró el bolso y bajó por la escalera. Aldo miró el fajo de los dólares, que era el que más le interesaba. No sabía cuántos billetes había allí, pero, mirando el trabajo que tenía por delante, calculó que con solo dos de esos billetes ya estaba bien pago.

Detrás de la pila de ladrillos encontró dos bolsas de material listo para mampostería. No necesitaría hacer mezcla con cemento y arena, y eso le ahorraría trabajo. Preparó el material y empezó a poner los ladrillos. Hora y media más tarde la pared volvía a cerrar la entrada a la bóveda. Lo lógico, sería dejarla secar antes de ponerle los cerámicos, pero como no había recibido órdenes al respecto ni podía consultarlo con nadie, decidió que había que continuar. Le resultó fácil volver a colocar los cerámicos porque, la persona que había abierto la pared, había respetado las uniones y no era necesario cortar piezas. Cuando llegó el turno de llenar las juntas se puso nervioso. ¿Y si volvían los policías justo cuando estaba a punto de terminar? Decidió que era hora de dejar de lado la prolijidad y concluyó el trabajo lo más rápido posible. Le quedó siete puntos, pero lo importante era que unos ojos sin entrenamiento no notarían diferencia entre esa zona y el resto de la pared. Como no sabía en dónde tirar los escombros, los metió adentro de un armario. Estuvo por volver a guardar sus

herramientas en la mochila, pero le pareció que podían arrugar los billetes, así que también las dejó en el armario.

Al bajar la escalera no vio la bici en dónde la había dejado y supuso que alguien se la habría llevado.

—¿Y? —le preguntó el vigilante—. ¿Qué tal te fue?

Aldo asintió con la cabeza. Siempre le había costado hablar con la gente de uniforme. El vigilante abrió una puerta al costado del hall en dónde se guardaban los productos de limpieza. De allí sacó la bici.

—La puse acá porque pasaba mucha gente —dijo—. Y los que laburan acá adentro —hizo un gesto cerrando y abriendo la mano— son todos chorros. Ven algo que les gusta y enseguida se lo llevan.

Aldo volvió a asentir y salió caminando al lado de la bici por la peatonal. Había menos gente que antes, la mayoría chicos y chicas que salían de los boliches, y todos lo miraban como si la mochila fuera transparente y pudieran ver los billetes en su interior. En la esquina se subió a la bici y huyó hacia las calles oscuras. Se sentía raro, liviano, casi como si estuviera flotando. El aire de la madrugada le resultaba templado, como si el avance de la noche hubiera hecho subir la temperatura en vez de lo contrario.

Al llegar a la casa de Martina, tocó timbre. Pasaron más de cinco minutos hasta que la puerta se abrió y salió uno de los vecinos.

—¿Qué hacés, Aldito? ¡Mirá que acá ya se chuparon todo, eh! ¡No quedó nada!

El vecino le dio dos palmadas en la espalda y se fue. Aldo entró. En el comedor encontró un auténtico campo de batalla. Parecía que la vecina-sirvienta-sin-paga se había declarado en huelga. Nadie había levantado los platos ni limpiado la mugre. Una porción importante de la torta de cumpleaños yacía estampada en el suelo junto a un puñado de vidrios rotos. No cabía duda de que la fiesta había sido de las buenas, de esas en las que se termina revoleando los platos. Aldo revisó los

fondos de las botellas en busca de un resto de vino o cerveza para aplacar la garganta, pero los encontró todos secos. Ni una gota habían dejado.

Tratando de no hacer ruido fue hasta el dormitorio de Martina y la encontró acostada en la cama, destapada y sin corpiño. Ella siempre tenía frío, pero parecía que hoy le había dado calor. La tomó por el hombro y la sacudió con suavidad. Como Martina no se despertaba, la movió un poco más fuerte. Ella abrió los ojos a medias y lo miró.

—Estuviste cirujeando, ¿no? ¿Por eso te fuiste? Siempre te gustó ser linyera.

Aldo sacó los dólares de la mochila y los puso delante de la cara de Martina, pero ella ya había cerrado los ojos de nuevo. Se quedó un rato mirándola. Estaba despeinada, con un pegote de crema de color rosa en el pelo y tenía olor feo. Olía a una mezcla de sobaco y cerveza.

Se puso a pensar en qué habría pasado si Martina no hubiera estado tan borracha como para no ver los dólares. Se la imagino con el fajo en la mano, agitándolo en el aire, y festejando con la jefa-abuela de la tribu. Habrían bailado la danza del vino alrededor de los billetes y luego habrían salido despavoridas a gastarlos. Mientras tanto, él seguiría parado en un rincón, sin que nadie notara su presencia.

Volvió a meter la mano en la mochila y sacó los billetes de color rosa. Tiró de la punta de uno de ellos y lo separó del resto. Lo miró a la luz del velador. Tenía dibujadas tres hormigas negras en distintos tamaños, superpuestas. En un costado decía: «*Melli Francs*», y, en grande, estaba dibujado el número mil. *Mil francos*, pensó. El franco era de Francia, y en Francia habían cambiado el franco por el euro hacía mucho tiempo. Eso quería decir que esos billetes estarían ya fuera de circulación, por eso se los habían dado. Igual, eran preciosos. Podría guardarlos y regalarlos. Volvió a meter con cuidado el billete dentro del fajo. Después sacó un billete de cien dólares y lo adosó al pelo de Martina usando el pegote de crema. ¿*Cuánto valés?*, pensó.

Guardó el dinero en la mochila y salió de la habitación. En el pasillo lo esperaba su querida bici roja, y ella le pidió salir. No importaba a dónde, solo salir, mejor lejos, a un lugar en donde se pudiera ver salir el sol en el horizonte. Le vino a la mente Mar del Plata.

En Plaza Constitución se enteró de que el tren a Mar del Plata estaba suspendido por reparaciones en las vías. Iba camino a la calle de nuevo, cuando vio el enorme tablero electrónico que anunciaba en letras azules la salida del primer tren del día.

EZEIZA - VÍA TEMPERLEY

Y debajo, en letras amarillas, el horario.

4:28

Una gran idea le iluminó la cabeza. Empezó a caminar y luego a correr por el andén hasta que llegó al furgón y subió al tren. Colgó la bici de un gancho en el techo y se sentó en el asiento más cercano. El tren arrancó en silencio sin que ninguna otra persona subiera en ese vagón. En la estación Banfield subieron dos chicas y, al verlo, decidieron que era mejor irse a otra parte. Esa era otra de las situaciones en que la gente sí lo veía: cuando consideraban que era un tipo peligroso o, incluso, demasiado contagioso para quedarse cerca. En la estación Temperley pasó el guarda y lo saludó, a lo que Aldo respondió con el movimiento de cabeza que usaba para todos los uniformados.

En Ezeiza el reloj de la estación marcaba las cinco y veinte. Nunca había estado ahí, pero el lugar a donde quería ir no podía ser difícil de encontrar. Para confirmar su suposición, un avión pasó retumbando a unos pocos cientos de metros sobre su cabeza. Dos minutos después, pedaleaba como un loco por la banquina de la autopista, mientras los autos le pasaban de refilón a ciento veinte kilómetros por hora. Su bici lo ayudaba y le permitía girar los pedales a una velocidad demencial. A lo lejos, vio aparecer las cabinas de peaje de entrada al aeropuerto, formando una barrera luminosa enorme que ocupaba todo el ancho de la autopista. Le pareció una barrera infranqueable. Si intentaba pasar por ahí, lo arrestarían. Había sido un iluso al pensar que una persona como él podría entrar así como así en un aeropuerto. Estaba llegando al fin de su camino, a donde tendría que dar la vuelta para volver a la realidad. Sin embargo, ya no se sentía con fuerzas suficientes para regresar y pensó en entregarse. Bajó la velocidad y frenó al lado de una de las cabinas, detrás de un auto. Después de que el auto arrancara, el uniformado que estaba en la cabina sacó una mano afuera y la puso en

posición para chocarla. Aldo se sorprendió por el gesto, pero lo entendió y chocó su mano contra la que le ofrecían.

—¿Todo bien, gato? —preguntó el empleado del aeropuerto—. ¿Venís de farra, no? Se nota. Pasa por el costado nomás.

Aldo miró hacia adelante y después volvió a mirar al de la cabina.

—¿No pretenderás que te abra la barrera, no? Bueno, por ser vos, el único boludo que viene en bici a este lugar de mierda, te la voy a abrir. MIRÁ.

Y la barrera se levantó.

Aldo metió pedal a fondo y se sintió como si fuera en una moto. De la cabina de al lado, a la par suya, partía un BMW. El viejo que lo manejaba lo miró como si estuviera viendo un espejismo. Aldo levantó una mano con la *ve* de la victoria en alto y el viejo volvió la cabeza hacia adelante y aceleró el BMW.

Más adelante se encontró con un cartel que decía:

SALIDAS – DEPARTURES

Dio una vuelta por el estacionamiento hasta que en un costado encontró unos arbustos. Metió la bici entre las ramas y se aseguró de que no se viera desde afuera. Todavía no tenía claro a dónde iba a ir, si es que iba a algún lado, y si se arrepentía quería conservar su bici.

Las luces del hall del aeropuerto lo deslumbraron. Todo estaba reluciente. La gente iba y venía. De nuevo, tuvo la sensación de que nadie lo veía. Detrás de un mostrador había una chica mirando su teléfono. Tenía un uniforme impecable, un maquillaje perfecto, pestañas largas, uñas brillantes y el pelo lacio con una onda suave en el final. Se veía como las personas de la televisión: delicada, intocable, tanto que jamás se hubiera atrevido a poner sus manos en ella por temor a ensuciarla. Ni siquiera se veía capaz hablarle, pero se acercó y se quedó mirándola.

—¿Sí? ¿Qué necesita? —dijo la chica.

¿Lo había visto? No se esperaba que eso sucediera. No era lo normal. Sintió el impulso de darse la vuelta e irse, pero hizo un esfuerzo supremo para quedarse ahí plantado.

—Un pasaje —dijo, y la voz le salió gangosa y temblorosa. Hacía más de un día que no hablaba y tenía la garganta llena de moco pegajoso.

La empleada de la compañía aérea seguía sin despegar la vista de su teléfono.

—¿Destino? —preguntó.

—A cualquier lado.

Aldo vio como esas pestañas largas y arqueadas se levantaban de a poco y dejaban al descubierto unos ojos verde fuego que apuntaban directo hacia él. Tuvo claro que se tenía que largar de ahí, que estaba fuera de curso y en rumbo de colisión, pero resistió.

—Esto es Boliviana de Aviación —dijo la chica—. Volamos directo a Santa Cruz de la Sierra y desde ahí a cualquier destino en Bolivia, Sudamérica y también a Madrid. ¿A dónde se dirige?

Aldo carraspeó y el moco se le vino a la boca. Tuvo miedo de hablar y que ocurriera un desastre. Para colmo, la chica no dejaba de mirarlo. No podía zafar, no sabía qué hacer. Lo único que se le ocurrió fue abrir la mochila y sacar el fajo de billetes de cien dólares. Lo puso sobre el mostrador. Las pestañas de la chica bajaron y apuntaron directo al dinero.

Aldo aprovechó el momento de distracción de su interlocutora para esputar una sustancia viscosa que quedó pegada en el frontal del mostrador.

—ME VOY —dijo con voz potente cuando tuvo la boca libre.

—La puta que te vas. —La chica pasaba la uña por el filo del fajo, haciendo sonar los billetes—. Yo... casi que me iría con vos.

—Vení —dijo Aldo, y al instante supo que había hablado de más. Cuando hablabas de más con alguien superior a vos y te hacías el canchero, terminabas mal.

La chica volvió a levantar esas pestañas que eran como la mira telescópica de sus ojos y lo miró de nuevo. Aldo sintió como esa mirada atravesaba su mente y leía sus pensamientos. Se avergonzó. Todo lo que tenía adentro era feo, pura mugre.

—Me iría con vos —dijo la chica—, pero no puedo, no tengo un mango. Y debo... debo mucho... debo la vida. Salvo que vos me pagues el pasaje.

Aldo la miró. Era obvio que todo era una broma y decidió seguirle la corriente.

—Te lo pago —dijo, y más por hacer un chiste que por otra cosa, metió la mano en la mochila y sacó el fajo de billetes de color rosa. Lo blandió en el aire y lo chantó en el mostrador junto al fajo de dólares. Ella abrió los ojos tan grandes que las pestañas se tocaron con las cejas, después agarró los billetes de color rosa y empezó a pasarlos con la punta de las uñas, fijándose en los que estaban en el medio, como si no pudiera creer que todos fueran iguales. Sus manos empezaron a temblar mientras contaba los billetes.

—¿De dónde mierda sacaste esto? Acá hay cámaras, ¿estás loco? Guardalo.

Aldo no entendía por qué tanto asombro, si ahí todo el mundo sacaba guita a montones. De todas formas, hizo caso y guardó el dinero en la mochila. A la chica se le cayó el celular de las manos.

—¿En serio me pagás el pasaje? —preguntó—. Mirá que voy, ¿eh? Y no tengo nada, nada, estoy pelada. Voy en bolas.

—Vamos —Aldo estuvo a punto de decir: si venís en bolas mejor, pero se lo guardó. Menos palabras, menos problemas, era la ley de oro. La empleada de la línea aérea estaba nerviosa, dudosa. Se dio cuenta de que no era tan de otro mundo. En algún punto era igual a él. Tenía que decirle algo.

—No quiero ir a Bolivia. Ahí hace mucho frío. Mejor vamos a un lugar calentito.

—¿Un lugar calentito?

—Sí. A Miami por ejemplo.

—¿Tenés visa?

—Una vez tuve una *Mastercard*, pero mi novia me la usó hasta que se gastó y después no andaba más.

La chica lo miró con desazón. Aldo se dio cuenta de que había metido la pata.

—No, ya sé —dijo—. Te referís a la visa para ir a Estados Unidos. No, no tengo.

—Bueno, mirá. Vamos a elegir un lugar como la gente, pero tenemos que encontrar un vuelo que salga ya. —Agarró la cartera, metió el celular adentro y dio la vuelta alrededor del mostrador—. Vení, vamos. ¡Y apurate, por Dios!

Ella tenía piernas largas y caminaba muy rápido. Aldo intentaba seguirla, pero las patas no le daban y tenía que trotar cada tanto. En el extremo opuesto del hall, la chica se paró delante del mostrador de *Avianca*. De repente dio un suspiro, como si se hubiera acordado de algo importante, y le sacudió el brazo a Aldo.

—¡Decime que tenés pasaporte! —Parecía que estaba a punto de sufrir un ataque.

Aldo sonrió y con solemnidad abrió el cierre del bolsillo más chico de su mochila. De allí sacó una libreta negra con letras plateadas y relucientes que decían: *República Argentina*.

Martina, que siempre pensaba mejor que él, lo había obligado a tramitar ese pasaporte. Le había dicho que para ella Argentina era solo un lugar de paso, que su verdadero destino estaba en Milán, un lugar en donde la gente se vestía y olía bien.

Entonces la chica le agarró la mano y se la llevó al pecho junto con la suya.

—Mirá como me late el corazón —le dijo.

En efecto, Aldo sintió el latir de un corazón desbocado, pero más aún sentía esa piel suave y tibia justo arriba del escote. Algo en él quería sacar la mano, porque sentía que la estaba ensuciando, pero su otra parte deseaba dejarla ahí toda la vida.

—No sé por qué estás tan nerviosa —dijo—. Quedate tranquila, flaca.

Después de atender a un señor mayor, la empleada de *Avianca* los miró con asombro.

—¿Kari? ¿Qué hacés? —Y clavó una mirada en Aldo que él conocía muy bien: puro asco.

—¿Te quedan plazas en el vuelo a Bogotá? —preguntó Karina.

—Sí, pero faltan diez minutos para cerrar el embarque.

—Dame dos. Ya.

—¿A nombre de quién?

Karina le sacó el pasaporte de la mano a Aldo.

—De él —puso el pasaporte sobre el mostrador—, y mío.

—¿Estás bien, Kari?

—No sé. Dame los pasajes.

—¿Equipaje para despachar?

—Sí, este —dijo Aldo—. Y estuvo a punto de sacarse la mochila del hombro, pero Karina le agarró el brazo.

—Sin equipaje —dijo ella.

Antes de que Aldo pudiera saber qué había pasado, Karina caminaba de nuevo a grandes pasos. Cada tanto se daba vuelta y le hacía señas para que se apurara. Al ver el uniforme de Boliviana de Aviación, el agente de aduana los hizo pasar sin revisar los documentos ni la mochila. Cuando pasaban por el *free shop* Aldo vio a lo lejos una botella de *Jhonny Walker*.

—Quiero comprar un whisky —dijo—. Tengo la boca seca.

—No te preocupes por eso, en el avión hay de sobra.

Fueron los últimos en subir. Detrás de ellos, el comisario de a bordo cerró y trabó la puerta delantera del *Airbus 319*. Karina caminó por el pasillo, pero a pesar de que había varios asientos vacíos, eligió los de la última fila.

—¿Sabías que en los aviones cuanto más atrás vas, más calor hace? —preguntó.

—No. No lo sabía porque nunca viajé en avión.

—¿En serio? No te puedo creer. Sos un debutante. Yo ya me harté de viajar. Fui azafata. Lo único bueno de ese laburo es que aprendés a dormir poco pero bien y a cualquier hora. Me puedo dormir cuando quiera y despertarme cuando quiera sin despertador.

—Yo, cuando me duermo, le pego diez horas seguidas, pero ahora me pasé la noche sin dormir.

El avión empezó a retroceder y Aldo se agarró de los apoyabrazos.

—Va para atrás —dijo.

Karina sonrió.

—Sí, no te preocupes. Después va a ir para adelante bien rápido y para arriba.

—Me estás cargando.

—Un poquito. Mirá que ya no nos podemos echar atrás, aunque esto sea nuestra tumba, ya estamos jugados.

—Lo sé —Aldo se agarró más fuerte de los apoyabrazos. El movimiento hacia atrás lo mareaba, lo hacía sentir en el aire aunque aún estuvieran en tierra. Se sentía como si se hubiera sacado una mochila de encima, aunque era una ironía, porque su mochila mugrienta era lo único que había traído consigo. De lo demás, de lo que había dejado atrás, sabía que una sola cosa extrañaría: su bicicleta.

—Dejé mi bici en el estacionamiento.

Karina lo miró un segundo, y después estalló en una carcajada que parecía no terminar nunca. Tenía una dentadura blanca y perfecta, y unos labios gruesos y rojos. Aldo tuvo ganas de besarla, pero de inmediato se sacó esa idea de la cabeza. Ella iba con él por la guita, eso lo tenía claro. Era boludo, pero no tanto. Si intentaba besarla, lo rechazaría. Era consciente de que lo único que tenían en común era que ambos querían rajarse. Cuando bajaran, en donde fuera que los llevara ese avión, ella desaparecería como desaparecen los sueños de la cabeza: a los dos minutos de despertar.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—A Bogotá —dijo Karina—. Ni siquiera prestaste atención. Parece que es verdad que no te importa a dónde vamos.

—¿En Bogotá hace calor?

—No, porque está en las montañas.

Aldo puso cara de decepción y Karina volvió a reírse.

—No te preocupes —dijo—. Elegí este vuelo porque era el primero que salía, pero nos sirve porque desde Bogotá hay vuelos a todo el Caribe. ¿Y sabés en qué pienso cuando atiendo en ese mostrador de mierda? Pienso en un lugar... en una playa de Costa Rica. Ahí hay un pueblito, pero cerca hay una ciudad con shopping y todo. Podemos empezar por ahí y, si no nos gusta, nos vamos a otro lado. ¿Qué decís?

—Decime la verdad. ¿Por qué viniste?

El avión se detuvo al comienzo de la pista.

Karina se puso seria.

—Vine porque muchas veces tuve las oportunidades adelante de mí y las dejé pasar. Y cuando vi la guita que tenías, pensé que esa iba a ser la única vez en mi vida en que iba a tener tanta plata en la mano. Fue una señal.

—Bien, perfecto.

Aldo se sintió satisfecho con la sinceridad. Estaba harto de histeria y boludeces.

—Ahora decime vos la verdad —Karina se acercó a su oído y susurró—. ¿De dónde sacaste los francos suizos?

—¿Los qué?

La boca de Karina se fue abriendo y se quedó así.

—No me digas que no sabés qué es eso.

—No, no lo sé.

—No seas hijo de puta. ¿En serio, no sabés? Esos billetes que tenés ahí son billetes de mil francos suizos. El franco suizo vale uno a uno con el dólar. Ahí hay cien billetes, o sea que hay cien mil dólares, más los otros diez mil dólares que tenés en el otro fajo.

Entonces fue Aldo quien se quedó con la boca abierta.

—¿Cuánto tiempo creés que podemos vivir con eso? —preguntó.

Karina meditó la respuesta un momento.

—Depende del tren de vida que te quieras dar. Pero, en fin... sin despilfarrar... dos años panza arriba.

Aldo sintió un vacío en el estómago. Hasta ese momento no había sido consciente del dinero que tenía. Se había imaginado unas vacaciones, un auto que no se rompa, pero dos años de vida era mucho más de lo que podía desear.

Los motores del avión se aceleraron y el piloto soltó los frenos. El vacío en el estómago de Aldo se transformó en un agujero negro. Menos mal que en el cumpleaños no había podido comer ni chupar nada. La cabeza se le pegó al respaldo y clavó las uñas en los apoyabrazos.

Karina inclinó la cabeza y la apoyó en su hombro. Ella olía a rosas y a melón recién cortado, y Aldo temió que percibiera ese olor que él no sentía, pero que sabía que existía, más aún después de haber pasado una noche trabajando y una madrugada pedaleando como loco por la autopista. Su peor pesadilla se hizo realidad cuando ella levantó la cabeza y aspiró fuerte, como diciendo: ¿qué huele tan feo? Entonces, Karina, que no se había molestado en ponerse el cinturón de seguridad, le levantó la remera, se inclinó y apoyó su nariz en el vientre de Aldo.

—¡Qué rico! —exclamó.

El avión llegó a la velocidad de rotación y levantó la nariz. Un segundo después Aldo sintió que el mundo entero se iba a la mierda, pero se consoló pensando que tenía una mujer fatal oliéndole el ombligo. La atrapó con sus brazos.

—Perdóname —le dijo—. Apenas lleguemos, me baño.

—No, por favor —dijo Karina—. Me encantan los negros con olor a bolas, y no veo la hora de agarrarte.

El sol apareció en el horizonte y dio de lleno en la ventanilla. Aldo se atrevió a mirar hacia abajo y tuvo la visión fugaz de unos arbustos con una bicicleta roja en medio de ellos. Minutos después de haber saciado su sed en los labios de Karina, tomó consciencia de que lo que no ocurre en una vida puede ocurrir en una noche, que nada es por casualidad, y que toda nuestra existencia está enfocada hacia un solo punto imposible de esquivar.

Playa del Coco, Costa Rica

6 de julio de 2019